



UN ALEGATO A FAVOR DEL MESTIZAJE: EL LIBRO DE RUT



Elisa Estévez López

RESEÑA BÍBLICA, Nº 40
2003

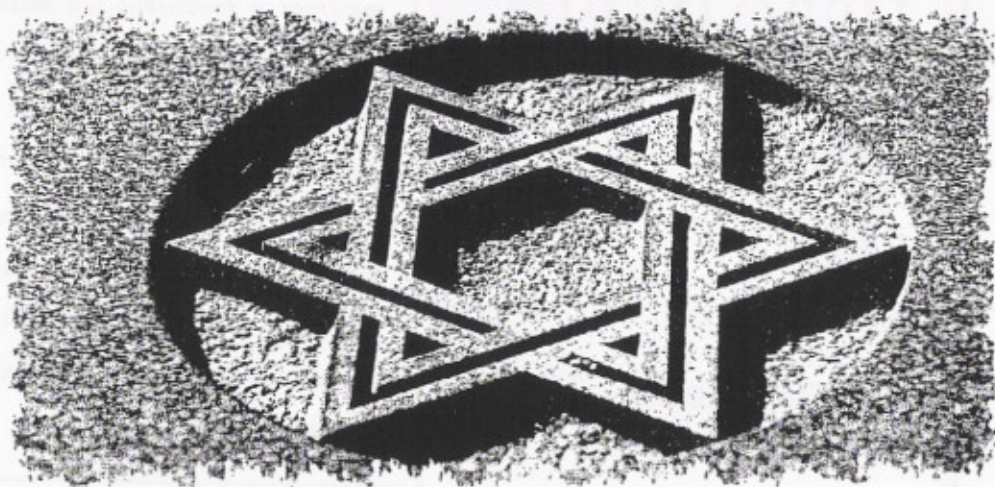
El libro de Rut relata la historia de dos mujeres, una israelita y otra moabita, a las que el destino une y al que ellas conscientemente se adhieren. En el relato queda patente el enriquecimiento que supone para un colectivo la interacción con otro; tanto que, en esta pequeña novela, se apuesta por la recreación de un Israel que se reconoce en sus orígenes mestizos y proclama sin miedo una reconstrucción socio-religiosa que no teme las consecuencias de la hibridación. Sus cuerpos, sus palabras, sus acciones, serán el símbolo elocuente de un proceso de interacción e integración entre dos culturas y hablarán por sí mismas no simplemente de coexistencia pacífica.

Las narraciones populares, las comidas, los cantos, las relaciones laborales y de familia, los rituales e incluso los actos más sencillos y cotidianos de la existencia... tienen un poder inmenso para generar, fundamentar, recrear y transmitir identidades. De un modo singular, las historias de vida, narradas y transmitidas de unos a otros, revelan en ocasiones la resistencia de algunos colectivos a quedar absorbidos por los grupos hegemónicos. Esas narrativas revelan una selección de elementos potenciadores y sustentadores de una existencia colectiva alternativa. En ellas se proclaman otros principios, los de la heterogeneidad y la pluralidad frente a la homogeneización y la globalización excluyente de los grupos de poder. La narración del libro de Rut es un ejemplo claro.

Puede afirmarse que el libro de Rut abre una fisura importante en la sociedad patriarcal y jerárquica del Israel postexílico (cuando el Israel fragmentado y quebrado por

la experiencia del Exilio quiere rehacer su existencia colectiva de nuevo en Palestina), ya que se cuestiona la idea de la dignidad y la identidad colectiva basada en el honor (ligado a la pureza de sangre y a la diferenciación de roles según el género), en la fidelidad *hermética* a las tradiciones religiosas, y en las diferencias de posición ligadas al poder y a la economía. Este relato, sin que por ello haga y sistematice una teoría al respecto, aboga por el fortalecimiento de la identidad colectiva mediante la *creación dialógica*, plasmada y visibilizada en los cuerpos de dos mujeres, dotados de palabra, sentimiento y acción transformadora.

El tema no deja de ser de una actualidad impresionante, y el texto bíblico se revela con una gran potencialidad de significados para el momento actual. Es en el sentido que perdura hacia donde se dirige nuestro esfuerzo de comprensión y el que revela la actualidad operante de la Palabra de Dios en el claroscuro de nuestro caminar.



1. Procesos de identidad en las sociedades actuales

LOS fenómenos migratorios, el debate sobre los nacionalismos, las nuevas formas de movilidad social, de productividad y de poder que ha generado la "sociedad informacional" (M. Castells), la imposición de una globalización económica, la mundialización que apuesta por unas relaciones cósmicas orgánicas e interdependientes, las minorías que reclaman sus derechos, están generando profundos cambios en los principios interpretativos de la realidad y, consiguientemente, en la forma de construir una historia diferente.

Los debates sobre interdependencia, multiculturalismo e interculturalidad se hallan entre los más importantes en la actualidad. Pero la situación es compleja, y son muchos los desafíos que se presentan. Las tensiones entre lo universal y las diferencias particulares se dejan sentir en todos los ámbitos de la vida pública y civil, tanto dentro de las fronteras nacionales como fuera (político, educativo, convivencia social y muchos otros espacios). No son pocas las voces que en este debate se alzan diciendo que es la hora de multiplicar las solidaridades, las afinidades y las identificaciones con los otros. Son muchos los esfuerzos para abrir paso a un nuevo concepto de ciudadanía mundial, más abierta, incluyente de múltiples pertenencias, que pretende quebrar las distintas polaridades entre las que se mueven muchos de nuestros contemporáneos frente al *extraño* y al *diferente*: valorarlos por lo que nos traen o pueden darnos (consumir, hacer los trabajos que no deseamos, ofrecer talentos que apreciamos), o temerlos (nos reducen beneficios de los que gozamos, fragmentan nuestros modos de vida, socavan nuestras democracias...), o simplemente ignorarlos. Frente a estas posturas se alzan otras voces que abogan por la construcción de una *gran familia humana* que conviva solidariamente en una *casa común*, el universo, algo que sólo será posible si se instauran otras bases que rijan las relaciones

entre personas y pueblos, y que, sin duda, desafiarán la capacidad de la humanidad privilegiada por renunciar a parte de los propios derechos y a una cierta ruptura con la cultura de la satisfacción.

Las transformaciones que se están produciendo no quedan al nivel de las grandes discusiones teóricas; afectan y se entretienen con las existencias individuales y las maneras como las colectividades enfrentan los aspectos más cotidianos de sus vidas. Pero como las identidades personales y colectivas se forjan de manera dinámica e inter-activa, sirven, a su vez, para reforzar o criticar los dinamisismos sociales.

2. Procesos de identidad en el Israel postexílico

EL libro de Rut no es simplemente la historia de unas mujeres, sino una metáfora de la construcción colectiva de un pueblo. La narración apuesta por una identidad que sirva de referencia al "nosotros" nuevo que se está construyendo en el Israel del postexilio, una etapa muy especial para el pueblo, en la que los que salieron y los que se quedaron en Palestina se encuentran ante el gran desafío de volver a redefinir su identidad frente a otros "ellos". No se puede ni olvidar ni minimizar, sin embargo, que esa separación entre el "nosotros" y el "ellos" no sólo fue un proceso externo, sino que atravesó igualmente las *entretelas* de la sociedad postexílica judía. Es entonces cuando empiezan a definirse modalidades diversas del judaísmo naciente y cuando las presiones de los grupos de poder se dejan sentir con toda su fuerza, sin por ello agotar la creatividad y la emergencia de diversos grupos que enriquecieron la identidad judía, lejos de minimizarla.

En el momento en el que el relato de Rut se escribe, la comunidad de la *gola* (comunidad de los exiliados) se

siente como "la auténtica comunidad originaria", la única capaz de garantizar los lazos de hermandad frente al extraño y al extranjero, porque ellos son los portadores del horizonte adecuado de sentido, expresado y visibilizado en la pureza de su sangre y en la fidelidad a las tradiciones de David y del templo, y garantizado por sus riquezas y posesiones, además de por su poder religioso y su vinculación con el poder persa, dueño que maneja los destinos de los pueblos del Oriente Próximo en el siglo IV a. C., época en la que hace su entrada un nuevo poder, el helenístico.

Nos encontramos ante una narrativa judía que contiene los elementos fundamentales de la concepción del "nosotros" ideal, de la autoimagen colectiva que un grupo dentro de ella ha forjado, de "la idea que tiene de sí misma", en una época muy particular de la historia de Israel, cuando se afianzan los caminos que permitan salir de la profunda crisis que provocó el destierro a Babilonia. Probablemente, su autora/autor, junto a la comunidad que está detrás, conscientes de la falta de protagonismo efectivo en dirigir los destinos del Israel postexílico, adoptan una estrategia para hacer oír sus voces, que se oponen a una restauración sin más del viejo Israel, y se inclinan por fortalecer la *reconstrucción* con una pequeña novela situada en el tiempo de los jueces, protagonizada por dos mujeres y que podía ser considerada inofensiva por los defensores del orden establecido.

Las semejanzas con la situación de exilio son evidentes en la narrativa: la familia de Noemí se ve *obligada a emigrar* a un país extranjero, también los judíos fueron deportados *a la fuerza* en Babilonia; en uno y otro caso, las consecuencias de ese hecho tuvieron *repercusiones económicas* y de *ruptura con los vínculos familiares*; en ambos casos, la situación de cambio trae consigo la *interacción con culturas distintas* a la de origen, y *la pregunta por el Dios en quien se cree surge* con toda su fuerza. Pero lo que realmente importa es ver las diferentes ópticas desde las que se viven esas experiencias.

El libro de Rut es un ejemplo claro de cómo las dificultades se transforman en oportunidades, de cómo una situación de crisis puede constituirse en una fuente de cambio y abrir posibilidades inéditas de reconstrucción, modificación, avance y *reordenamiento de las pertenencias*.

Frente a Esdras y Nehemías, el libro de Rut replantea las dos ligaduras ancestrales que a ellos les habían servido de base para restaurar el Israel postexílico: 1) el honor basado en la sangre, es decir, el criterio étnico; 2) la fidelidad a las tradiciones ancestrales; bases sobre las que se busca asegurar una homogeneización cultural. Ambos elementos habían sido básicos para los deportados a Babilonia, quienes en ningún momento renunciaron a su identidad étnica ni religiosa. El libro de Rut, como el de Jonás o las tradiciones del Deuterocanónico, nos hablan de que no hubo un *verdadero* consenso en el Israel postexílico. En el Pentateuco, cuya composición final es del siglo IV a. C., quedaron tradiciones relegadas, y el pluralismo no fue tal. Sólo las grandes tradiciones sacerdotales y deuteronomista lograron hacerse con la palabra que había de dirigir oficialmente los destinos del Israel postexílico, aunque otras palabras quedaron diseminadas en el Antiguo Testamento como testimonio de otras posturas diferentes con respecto a una reconstrucción de la identidad más abierta, más plural e incluso más mestiza, o al menos, sin tantos prejuicios para reconocer lo distinto y elaborar las tensiones en las diferencias, tomando como base y fundamento de ello el amor universal, tal y como aparece, en concreto, en el libro de Rut.

Los caracteres de las dos mujeres, Noemí y Rut, reflejan la actuación del Dios de Israel. La historia de sus sufrimientos, esperanzas y alegrías es el *lugar teológico* donde se descubre la presencia benevolente y leal del Dios de Israel que conduce los hilos de la historia. Dios hace sentir su palabra en las voces reflexivas, inteligentes y tiernas de unas mujeres; se desvela como misericordia compartida en sus estrategias, complicidades y acciones com-

prometidas; más aún, en sus cuerpos. Ellas se erigen como modelos para todos los hombres y mujeres del Israel postexílico y se visibilizan como encarnación del proyecto de Dios para su pueblo. Por este motivo, es preciso detenerse principalmente en ellas, porque en sus pensamientos, sentimientos y acciones se accede a las intuiciones de fondo de esta obra; una visión que, si bien no logró imponerse en su momento, sí conecta con las inquietudes de muchos de nuestros contemporáneos. Se abre así una comunicación entre el lector/a moderno y el texto, en la que, dejándonos guiar por la estructura misma del texto y su propia dinámica narrativa, entramos en contacto con él para descubrir ese significado revelador que puede aportar algunas *claves significativas* en el debate que hoy tenemos sobre las culturas híbridas y sus consecuencias, el multiculturalismo y la interculturalidad, o en el desafío cada vez mayor de que las diferencias no sean obstáculo en la convivencia de los pueblos.

3. La construcción de la identidad en el libro de Rut

El libro de Rut aboga por un nuevo horizonte de sentido basado en unas prácticas cotidianas que cambian el imaginario colectivo y que demuestran que, a pesar de las complejidades y de las dificultades, es posible abrir vías de salida para superar los antagonismos entre culturas y construir un universo nuevo, donde el contacto y la interacción generen vida en abundancia. El matrimonio, las relaciones de género, las relaciones reproductivas y el trabajo se presentan como una ocasión para anclar en la mentalidad colectiva otros valores que hunden sus raíces en las tradiciones originarias de Israel, haciendo así posible que su voz resuene en todo el pueblo.

La fidelidad a los orígenes es releída desde la cultura del contacto, el diálogo y la solidaridad, que lejos de romper

la unidad de un pueblo, la enriquece. Eso significa primeramente que Israel no tiene miedo de una existencia marcada por el dinamismo y desea dejar atrás la estabilidad que anula y la seguridad excluyente. En segundo lugar, la formación de un Israel fiel a sus tradiciones pero abierto al mestizaje se visibiliza en unas mujeres excepcionales que hablan de aceptación de las particularidades, de reconocimiento del "otro", el "diferente"; pero no sólo como quien ha comprendido al Dios en el que creen, sino que lo ha encarnado. Ahora bien, la Palabra de Yahvé se abre camino no sin dificultades, y la interculturalidad y el crecimiento respetuoso, dialógico y liberador entre Israel y otras culturas no llegaron a verificarse nunca plenamente, aunque los acibos y las semillas de apertura al extraño y al extranjero estaban sembradas, y habrían de desarrollarse mucho después. De hecho, en el texto hay algunas tensiones e insuficiencias que no se pueden ocultar. Por último, la construcción de una nueva ciudadanía en el Israel bajo el dominio persa apuesta por una transformación que, anclada en uno de los principios fundamentales del yahvismo, la solidaridad entre hermanas/os, transforme y acabe con las desigualdades económicas, como base real para poder construir una identidad colectiva más abierta y sin menos miedo al mestizaje y a las experiencias cosmopolitas.

a) *Tocar y amar la diferencia*

A través de las páginas del libro de Rut accedemos a una historia donde continuamente las personas se entrelazan en un juego incesante de relaciones. La historia empieza con la desgracia que se abate sobre la familia de Elimelek y Noemí. El hambre les obliga a salir del país para buscar alimento y trabajo en los campos de Moab, donde se establecieron (Rut 1,2). En este caso, la necesidad se convirtió en una oportunidad de establecer un contacto con lo diferente, con el otro. La narración es parca en los detalles, pero el dato del matrimonio de los hijos con dos mujeres moabitas, Orfá y Rut (Rut 1,3), permite

entrever que la familia no eligió el aislamiento, sino los contactos generadores de vida. En la estancia de diez años, los lazos familiares se fortalecen mirándose unos en los ojos de los otros, construyendo una relación de mutuo entendimiento en la convivencia cotidiana, descubriendo el rostro de la amiga y del amigo. Así parece mostrarlo la descripción que la narradora o el narrador hace de las palabras y las acciones de las dos nueras y la suegra a la muerte de todos los hombres de la familia. El deseo de Noemí de regresar a su tierra natal, Israel, es una muestra de quien no ha renunciado a sus raíces, pero las palabras que dirige a sus nueras moabitas en ese momento es el ejemplo de quien sigue velando por su destino, porque algo de ellas le ha tocado el corazón y forma parte ya de su identidad. Un movimiento de alteridad ha dirigido su afecto, su razón y su praxis.

Pero lo mismo puede decirse de las dos nueras. Orfí decide regresar a "la casa de su madre" (Rut 1,8), y el narrador no parece tener problema, ya que la presenta de una manera positiva: Orfí siente separarse de Noemí: llora y la besa antes de partir (Rut 1,14). Regresa llevando consigo algo de quienes ha amado con fuerza, pero vuelve a su casa y a su dios. Y el narrador no juzga la acción; únicamente, la enuncia.

Podría decirse que en las tres mujeres y en los hombres muertos, la identidad se ha construido desde el interior, en una negociación que se ha dado en las entrañas cuando han tenido que convivir durante tantos años siendo diferentes, procediendo de culturas y religiones distintas. En un momento determinado, los caminos se separan y Rut opta por dejar atrás lo suyo, pero hasta el final de la narración seguirá siendo Rut, la moabita (Rut 4,10), quien al casarse con Boaz se integra con pleno derecho en Israel. Es entonces cuando se la deseará que sea matriarca del nuevo Israel que ancla sus raíces en Raquel y Lía, madres de *todo* el pueblo, y se la vincula con Tamar, quien ante Judá luchó por sus derechos y vi-

sibilizó el rostro justo del Dios de Israel (Gn 38,26). No se la compara, en cambio, con Sara, esposa de Abrahán y, por ello, más ligada a los grupos dirigentes.

Frente a una espiritualidad centrada en la Torá y propiciada por las reformas de Esdras y Nehemías, distintos sectores en el pueblo de Israel, entre ellos el que está detrás del libro, reaccionan mostrando su gran insatisfacción. La *cultura del contacto*, propiciada en el libro de Rut, pretende romper con un principio tan rigurosamente normativo, como la Torá, que rija la vida de la comunidad israelita. Apostando y defendiendo el mestizaje, aunque con sus límites, el libro de Rut opta por una cultura que no excluye a todas las extranjeras y extranjeros, sino que les invita a participar en su historia y que se siente orgullosa de lo mejor de los otros que ha recibido y acogido en su seno. De haber seguido esos principios incipientes, la historia habría seguido seguramente otros derroteros. Abrir las puertas a una *cultura del contacto* supone aceptar un principio creador y dinámico de vida que no termina nunca, porque el contacto abre a otras relaciones y vinculaciones que siguen recreando la historia de los pueblos. En el libro de Rut, Israel no pierde su identidad por acoger como matriarca a Rut, una moabita; antes bien, de ella aprende la misericordia comprometida, la audacia y la valentía, la reacción racional ante la situación de hambre y desprotección; aprende a mirar a las mujeres como encarnación del Dios de Israel, amante, benevolente, fiel y comprometido.

b) Proximidad y racionalidad dialógica

La pequeña novela opta por encarnar en Rut y Noemí la riqueza que puede emanar de dos culturas que quieren aprender de sus sabidurías respectivas y que están dispuestas incluso a cambiar algo de sus creencias más fir-

mes porque en el contacto han aprendido que se puede crear un espacio socio-cultural y religioso diferente, mestizo. Noemí y Rut son el paradigma de armonización de lo diverso.

Ambas mujeres, invirtiendo los estereotipos femeninos en la Biblia, establecen una relación basada en la complementariedad y el mutuo enriquecimiento, sabiendo salir en cada momento la una al encuentro de la otra y ofreciéndose lo mejor que tienen de sí mismas. Las expresiones que el texto ofrece al respecto son muy significativas. Cuando Rut decide seguir los pasos de su suegra, la narradora o el narrador dice que *se adhirió a ella, se asoció* (Rut 1,14), un verbo con fuertes connotaciones de amor, de enamoramiento, y que normalmente se utiliza para hablar de la adhesión a Dios (Sal 63,9). Además de nuera, Rut asumirá otro rol en la narración, el de "marido", porque proveerá al sustento de su madre política (Rut 2,2-3), quien, a su vez, asumirá también el de "padre", velando para que su nuera halle un buen marido (Rut 3,1-5). Una y otra se acogerán y se ofrecerán un "espacio de reconocimiento y de cuidado" que las potenciará en las acciones que emprendan.

Pero, además, ambas mujeres están dotadas de *palabra significativa* y se la ofrecen quedando beneficiadas la una con la sabiduría de la otra, sin que queden confundidas en una única realidad. Ambas siguen siendo ellas. Así son capaces de construir un futuro nuevo para las dos. Noemí es *sagaz, perspicaz, astuta*, y es quien idea el plan para asegurar una situación estable para las dos por medio del matrimonio, el único medio al alcance de las mujeres, más aún cuando son pobres (Rut 3,1-5). Por su parte, Rut es una mujer *capaz de pensar y actuar por sí misma*. En la escena de la era va más allá de lo que su suegra le sugirió (Rut 3,9), tomando la iniciativa en el encuentro con Boaz, dirigiendo el encuentro y obligándole a definir la relación con ella, algo que lejos de lo que se esperaba es calificado por Boaz como una "*obra de piedad*" (Rut 3,10).

La reconstrucción del Israel del postexilio pasa igualmente por unas mujeres que se visibilizan como sujetos activos y no objetos pasivos de la historia. Entre luces y sombras, el libro de Rut recupera la ternura en claves de racionalidad y protagonismo. Ellas aparecen como símbolos que *apuntan* a Dios mismo y lo representan como un Dios-sabiduría, que muestra su fuerza en la solidaridad y en la audacia, que alumbró el *shalom* en la actividad creadora y liberadora que consigue transformar la existencia. Ambas mujeres son paradigma de una humanidad que se abre al misterio del Dios de la vida, de la liberación y de la cohesión pacífica y dialógica.

c) La solidaridad: base del encuentro entre las culturas

El libro de Rut presenta la situación de empobrecimiento de una familia, una situación característica no sólo de las últimas fases de la monarquía, sino que se recrudesció también a la vuelta del destierro de Babilonia y, especialmente, desde la segunda mitad del siglo V a. C. en territorio de Judá (cf. Neh 5). La situación se degradó hasta tal punto que el crecimiento de jornaleros, viudas y esclavos, es decir, de una multitud ingente de empobrecidos sin apenas medios de subsistencia, se generalizó, como puede deducirse de Job 7,2-3 y 14,6. La vuelta del exilio y la reconstrucción, junto con el pago del tributo a Persia, trajeron como consecuencia que la mendicidad fuera un hecho común.

Rut, una viuda y, además, extranjera, sabe que su supervivencia junto con la de su suegra está ligada al hecho de "*ballar gracia a los ojos de alguien*", es decir, de que encuentre un patrón generoso que se ofrezca a ayudarla sin pedir nada a cambio (Rut 2,2). Ambas pertenecen y representan a esa masa de desposeídos que experimentan

cada día la angustia de la sobrevivencia y que, sin duda, vivieron la reconstrucción de Israel después del destierro de una manera muy diferente a las clases dirigentes y aristocráticas. Ellas, como las clases populares y los humildes labradores, no se sienten con la obligación de ser leales a Persia pagándole tributo; más aún, experimentan cada día que ese impuesto les empobrece más y más y que de ello se aprovechan los malos dirigentes contra quienes dirigen sus quejas (cf. Neh 5).

El libro de Rut reivindica una lógica económica distinta y aboga por patrones diversos de comportamiento. Los bienes (campos, riquezas...) son un escenario adecuado donde han de confrontarse las medidas políticas, las diferencias socio-culturales y las creencias religiosas. La solidaridad con los empobrecidos abre la posibilidad de una identidad colectiva edificada desde otros presupuestos: la fidelidad a Yahvé, Dios de Israel, se traduce como solidaridad con los despojados y no como colaboración con el gobierno de Persia por encima del hambre que rompe los lazos de hermandad. Atrás queda una política elitista que no es reflejo del "nosotros" que quiere construirse ni del yahvismo más original. Sin olvidar que el compartir y la solidaridad real es una de las condiciones indispensables de una nación abierta al pluralismo, que no teme tampoco las relaciones con los "extranjeros" y los "otros".

En este sentido, la figura de Boaz es importantísima. Se le presenta como el prototipo del patrón que cuida por el bienestar de la comunidad por encima de la colaboración con las autoridades persas, como otros muchos ricos hacían. En cuanto descubre a Rut, la narración dice que Boaz le dijo: "...no vayas a espigar a otro campo; quédate junto a mis criados. Fíjate en la parcela que siegan y vete detrás de ellos. ¿No he mandado a mis criados que no te molesten? Si tienes sed, vete a las vasijas y bebe de lo que saquen del pozo los criados" (Rut 2,8-10). Las razones del comportamiento de Boaz son explicitadas en el texto: Rut ha cui-

dado de su suegra y por amor a ella ha dejado su tierra natal y se ha desplazado hasta Israel para cobijarse bajo las alas del Dios de Israel (Rut 2,12). Las palabras de este propietario rico le reconocen el derecho de ciudadanía como mujer en la tierra de Israel, un derecho que está ligado, según sus propias palabras, a su vinculación con Noemí, su suegra, a quien ama y por quien siempre ha demostrado efectiva y prácticamente su afecto, y, por otro lado, a su aceptación del Dios de Israel, algo que ya ella misma había confesado al salir de Moab (Rut 1,16-17).

La pequeña narración apuesta por una identidad colectiva que se recrea desde los pobres que se niegan a aceptar como voluntad de Dios las presiones económicas que acaban con los seres humanos, y apuesta por una nueva dignidad basada en principios religiosos, los del yahvismo tradicional. Es un paso más en el revelarse de Dios a su pueblo. Ahora bien, nombrar a Dios de otro modo trae consigo también reformas en la identidad colectiva, que a su vez van modificando el rostro de Dios y lo van descubriendo en las nuevas circunstancias del pueblo, siendo fieles al Dios de los antepasados, al Dios que se reveló desde los primeros tiempos de su caminar como pueblo. (Y así Boaz es presentado como buen *go'el*, como libertador, y, en su proceder, la institución del rescate es vista y releída como una estrategia que fortalece los lazos de hermandad no sólo dentro de Israel, sino también con los de fuera, y de un modo u otro, han quedado ligados al destino de Israel).

4. Palabras finales

EL libro de Rut aboga por una afirmación del yo colectivo basada en un modelo de independencia relacional, que afirma los lazos de hermandad y amistad que pueden generarse entre gentes con procedencias culturales diversas como básicos para describir el camino de reconstrucción de un Israel

nuevo. La mutua relación que establecen Rut y Noemí habla así de un Dios diferente, un Dios que manifiesta una sabiduría nueva reflejada y vivida por dos mujeres que la encarnan, de un Dios-*Sophia* que se hace eco del pueblo marginado que anhela una compasión y una liberación diferentes, es decir, que anule los privilegios de los poderosos y abra paso a la vida y la esperanza contra toda esperanza, en un momento en que Israel es un pue-

blo insignificante y vive bajo el dominio persa. Lo más relevante es el carácter religador de los símbolos propuestos en esta pequeña novela para un pueblo que busca redefinir su identidad. A Israel se le lanza un reto. Es posible reconocer en el otro, en el extranjero, no una amenaza, sino una posibilidad de *vida fecunda* que moviliza las mejores energías colectivas y acrecienta la fe en el Dios que es comunión, relación y liberación.

